

# Semblanza de José Ignacio Mantecón Navasal

“El enemigo está mandado por un Doctor en Derecho y miembro del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”

Corren los primeros días del mes de marzo del año 1937, en plena Guerra Civil española. En el frente de Guadalajara, al nordeste de Madrid, la 72 Brigada Mixta adscrita al IV Cuerpo del Ejército Popular de la República acaba de tomar, en una tarde fría y lluviosa, el puesto de mando de la División de Soria, comandada por el general

José Moscardó. El comisario político de la Brigada, un hombre bajito y enérgico, incipientemente calvo y que por azares del destino y de la guerra es también, por unos días, comandante militar, se quita sus redondas gafas de miope y revisa con cuidado los papeles que apresuradamente abandonaron los sublevados, y se topa, ¡oh ironías de la vida!, con la orden del día de la batalla dictada por el propio Moscardó, y comienza a leerla en voz alta: “Idea del enemigo: bastará decir que el enemigo está mandado por un Doctor en Derecho y miembro del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”.

Con una gran risotada irónica, José Ignacio Mantecón, ese comisario al que tan despectivamente se refiere la orden del día, interrumpe la lectura, mira a su alrededor y le dice a uno de sus ayudantes, “pues mira, para ser un simple doctor en Derecho, archivero y bibliotecario, no lo he hecho tan mal el día de hoy, venciendo a estos sinvergüenzas, haciéndolos correr y tomando su puesto de mando, ¡eh!”.

Esta es sólo una de las historias que mi abuelo, un intelectual aragonés, republicano, bibliógrafo y experto en paleografía, me contaba acerca de la Guerra Civil española en la que combatió en diversos frentes durante tres años en defensa de la libertad y la democracia, a pesar de que, tanto por sus intereses y temperamento, como por sus



© Archivo Mantecón

Jose Ignacio Mantecon en sus años de estudiante, Zaragoza, ca. 1919.

habilidades físicas, no había nada más alejado de él que la vida militar.

José Ignacio Mantecón Navasal nació el 26 de septiembre de 1902 en Zaragoza, en el seno de una acaudalada y significativa familia de la burguesía local. Cuarto hijo de Miguel Mantecón Arroyo y de Concha Navasal Iturralde, tuvo diez hermanos. Su padre, ingeniero de caminos, canales y puertos y financiero, fundó la sociedad de construcción Vías y Riegos, S.A., que realizó importantes obras de infraestructura, entre las que se cuentan las presas del pantano de Ardisa en el Gallego y de Mediano sobre el río Cinca en el Alto Aragón, la esclusa del puerto de Sevilla y el Canal de Isabel II en Andalucía y los pantanos de La Peña y de Cijara en Badajoz, y fue también consejero del Banco de Crédito de Zaragoza y Presidente de Eléctricas Reunidas de 1927 a 1939.

Tuvo una educación tradicional, acorde a la situación social y económica de su familia. Cursó los estudios de segunda enseñanza en el colegio de El Salvador de Zaragoza, obteniendo a los trece años de edad el grado de bachiller con calificación de sobresaliente en el examen que sustentó el 28 de junio de 1916. Su paso por esa institución regentada por los jesuitas, lo marcó profundamente. Allí conoció a Luis Buñuel, quien sería su mejor amigo y que resumió socarronamente la esencia de la educación recibida en la anécdota que refiere en su libro de memorias *Mi último suspiro*, cuando recuerda que el profesor de Filosofía decía: “¡Mantecón! ¡Refúteme a Kant!” Y el joven Mantecón, que llevaba bien aprendida la lección, refutaba al insigne filósofo alemán en menos de dos minutos. De allí saldría también, en sus propias palabras, “profundamente católico”, pero al ingresar a los catorce años en la Universidad de Zaragoza tuvo un momento de crisis y a medida que profundizó en la lectura de los autores anatemizados por sus maestros, como era el caso de Rafael Altamira, al que calificaban de “monstruo que interpretaba diabólicamente la historia de España”, esa crisis fue general. Abandonó para siempre la fe católica, lo que no le impidió ser un profundo conocedor de la religión y del Derecho Canónico.

En la citada universidad estudió simultáneamente las carreras de Filosofía y Letras



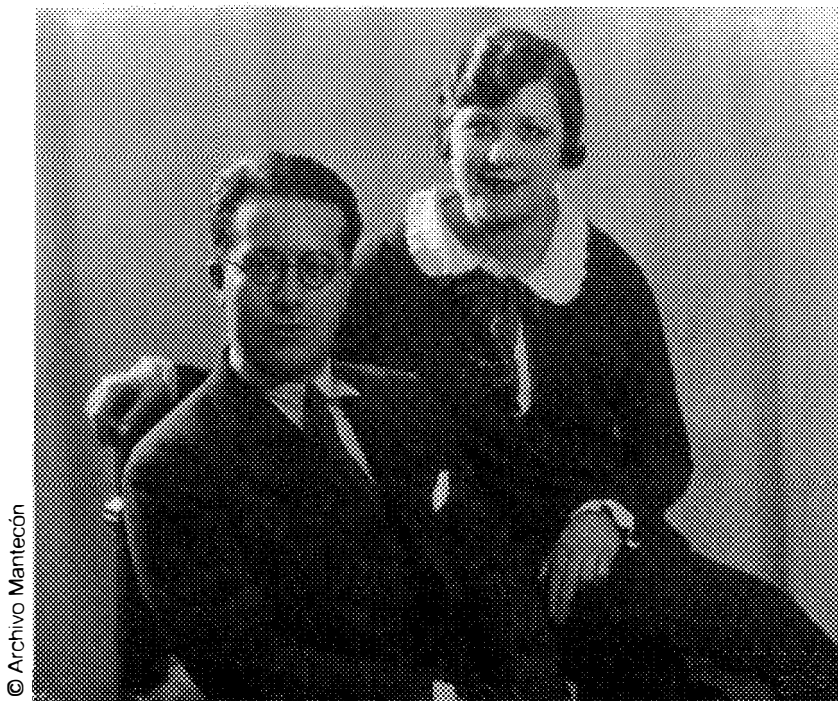
© Archivo Mantecón

José Ignacio Mantecón en su despacho de Vías y Riegos en Sevilla, 1925.

sección Historia, y de Derecho, licenciándose de la primera en 1920 con calificación sobresaliente, haciéndose acreedor, además, al Premio Extraordinario de la Facultad. Tres años más tarde se licenció en Derecho, también con calificación sobresaliente.

En el año 1924 hizo las oposiciones e ingresó en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos de España. Se trasladó a Madrid, en donde efectuó trabajos en la Biblioteca Nacional, en el Archivo Histórico y en el Museo Arqueológico, al tiempo que cursó el doctorado en Derecho en la Universidad Central. Obtuvo este grado académico en 1925 con una tesis de tema histórico: *El régimen municipal de la comunidad de Alabarracín en los siglos XIII al XV*.

Desde muy joven, Mantecón tuvo un manifiesto interés por la política y a los quince años pronunció su primer mitin repu-



© Archivo Mantecón

Jose Ignacio Mantecon y Concha de la Torre el día anterior a su boda, Zaragoza, mayo de 1927.

blicano. Unos años más tarde, en 1921, una tragedia familiar, la desaparición en el sitio de Monte Arruit (1) de su hermano mayor Antonio, capitán de Artillería, le abrió los ojos acerca de la corrupción que imperaba en esa época en España, impulsándole a rechazar el *statu quo*. Influidor por un amigo de su padre, Joaquín Gil Berges, quien fue ministro en la primera República Española, se dedicó a dar mítines y a proclamar la necesidad de una república, aunque no se afilió al único partido republicano que había en Zaragoza, el Partido Radical de Alejandro Lerroux, pues lo consideraba de tercera categoría intelectual, si bien los *radicales* lo invitaban a menudo a hablar en sus mítines y él aceptaba, con la condición de que aclarasen que no era miembro de ese partido.

El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera en 1923 actuó de catalizador y él, como muchos otros intelectuales españoles, intervino más activamente en política, principalmente a través de los comités de lucha contra la dictadura y la monarquía. En 1924 se afilió a Acción Republicana de Manuel Azaña, que con el tiempo se fundió en Izquierda Republicana, en el cuál seguiría militando durante toda la Guerra Civil y los primeros años de su exilio mexicano, ya que no es sino hasta 1948 cuando se afilia al Partido Comunista de España.

Después de doctorarse en Derecho, se trasladó en 1925 a Sevilla, pues su padre lo encargó de la gerencia y los asuntos jurídicos de la sucursal de su empresa en esa ciudad. Al mismo tiempo, ingresó como archivero en el Archivo General de Indias, posición que ocupó hasta 1933. De 1934 a 1935 fue director del Archivo de la Delegación de Hacienda en Sevilla.

Unos años antes, 1927, Mantecón contrajo matrimonio en Zaragoza con Concepción de la Torre Bayona, con quien tuvo dos hijas, María Concepción (Zaragoza, 1928) y Matilde, (Sevilla, 1930 – México, 1996).

En abril de 1931, en su calidad de presidente de Acción Republicana en Sevilla, hizo campaña en favor de los candidatos republicanos y, a pesar de que la República triunfó y de que estaba vinculado políticamente con sus principales líderes, no aceptó ninguno de los cargos oficiales que le fue ofrecido, ya que era, en sus propias palabras, “bastante insubordinado” y estaba convencido de que servía mucho más en la organización de su partido.

Tan integrado estaba en la vida sevillana que fue elegido en 1932, a pesar de ser aragonés, presidente del Betis Balompié, en sustitución de su amigo Ignacio Sánchez Mejías. Bajo su presidencia, el equipo sevillano fue por primera vez campeón de la segunda división. En la antigua Hispalis hizo también una profunda y duradera amistad con el historiador y catedrático Ramón Carande.

En el verano de 1935 se trasladó con su esposa y sus dos hijas a vivir a Zaragoza, donde siguió combinando el trabajo en la empresa familiar con sus actividades políticas. A principios de 1936 hizo campaña por todo Aragón en pro del Frente Popular. De las cosas pintorescas que recuerdo oírle contar de esa época, es que una vez estaba en un mitin en la localidad aragonesa de Ejea y apenas acababa de pronunciar la frase: “En la hipótesis de que perdamos las elecciones...”, cuando fue interrumpido por un grito de los presentes: “¡Muera la hipótesis!” . Pues bien, la hipótesis murió, se ganaron las elecciones y se formó el gobierno del Frente Popular.

Al estallar la Guerra Civil española el 18 de julio de 1936, una afortunada circunstancia salvó la vida de mi abuelo. Él se encontraba por esos días en Madrid, adonde había



La familia Mantecón: José Ignacio, Concha de la Torre y sus hijas Matilde y Conchita, México, 1948.

ido para atender unas diligencias relacionadas con los negocios de su padre y a entrevistarse con Santiago Casares Quiroga, presidente del Consejo de Ministros, para alertarlo de los vientos golpistas que soplaban. En Zaragoza, en los primeros días del alzamiento, la Guardia Civil lo buscó por todos lados y registró infructuosamente su domicilio para conseguir que “se dedicara a la agricultura en forma de abono orgánico”, aunque ello no impidió que su biblioteca fuese incautada.

En Madrid pudo aceptar la relativa comodidad del puesto en el gobierno de la República que inmediatamente le fue ofrecido, pero prefirió formar, junto con el diputado socialista Eduardo Castillo, las Milicias Aragonesas, al ver que llegaban a la capital, próxima a ser asediada, numerosos coterráneos suyos huyendo de la represión desatada por los sublevados en la provincia de Zaragoza. Así fue como se marchó al frente de Guadalajara, con el grado de capitán, “asombroso acontecimiento para mí y para el ejército” decía. Luego fue nombrado comisario político, primero del batallón Los leones rojos y después de la 72 Brigada Mixta. Encontramos así al intelectual, meti-

do a hombre de acción, luchando por sus ideales y defendiendo a la República.

Víctimas de la represión franquista fueron su esposa Concha de la Torre y sus dos pequeñas hijas. A mi abuela, encantadora y fina mujer que jamás intervino en política, la metieron presa en Pamplona, en el convento de las Oblatas, donde estaban, como dijo Mantecón en una entrevista, “todas las mujeres públicas pobres que detenían debajo de los puentes, porque las mujeres públicas elegantes estaban en casas con los ministros, los banqueros y los militares”. Mi madre y mi tía, que tenían ocho y seis años respectivamente, fueron puestas, por su tremenda peligrosidad y su cercano parentesco con un *rojo*, bajo arresto domiciliario, con guardias de asalto en la puerta, en casa de sus abuelos paternos en Zaragoza, y fueron expulsadas del Colegio del Sagrado Corazón por las caritativas monjas que lo administraban.

Mantecón siguió luchando por la causa de la República en los frentes de batalla, a pesar de los varios intentos que hizo un amigo suyo, el también aragonés y bibliotecario Juan Vicéns (2), para que dejara el frente y lo ayudara en tareas más propias de su formación e intereses, organizando las bibliotecas para los soldados. Después de participar en la batalla de Guadalajara, lo destinaron con su brigada al Ejército del Este, en el frente de Boltaña cerca de Huesca, donde en los primeros días de agosto de 1937, en medio de una operación militar, recibió una llamada de Julián Zugazagoitia, ministro de Gobernación en el primer gobierno de Juan Negrín, notificándole que había sido nombrado gobernador General de Aragón. Difícil encargo que incluyó la disolución del Consejo Regional de Defensa de Aragón, un poder local dominado por los anarquistas y de las colectividades agrarias por éstos creadas. Cuando las tropas franquistas rompieron el frente e invadieron Aragón en abril de 1938, se reincorporó al Ejército del Este como Comisario General del mismo hasta la pérdida de Cataluña en febrero de 1939. Después de pasar a pie la frontera con Francia, regresó a la zona Centro-Sur como Comisario General del Ejército de Levante. Cuando el golpe del coronel Segismundo Casado, lo arrestaron en el puesto de mando de ese ejército por mantenerse leal al gobierno de Negrín.

En los últimos días de marzo de 1939, ya perdida la guerra, pudo embarcarse en Gándía en el destructor inglés *Galatea*, gracias a la ayuda que le proporcionó Lord Faringdon, un inglés entusiasta de la causa republicana, y partió hacia el exilio abandonando su patria para siempre, dejando tras de sí todo, su esposa e hijas que años después lograrían reunirse con él en México; sus padres, a los que nunca más volvió a ver; sus hermanos, su familia, sus muchos amigos, su biblioteca y sus posesiones materiales; todo, todo menos sus ideales.

A mediados de abril de 1939 llegó a Londres para ponerse a las órdenes de Juan Negrín, quien lo nombró Secretario General del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE) con sede en París, haciéndose cargo de diversas tareas para organizar el éxodo a tierras americanas, principalmente hacia México, Chile y Venezuela. Trabajó directamente con el cónsul chileno para la emigración republicana, el poeta Pablo Neruda, con quien lo unió una larga amistad. En marzo de 1940, Mantecón es internado en un campo de concentración, donde permanece hasta el mes de junio. Logró salir de Francia el día que el mariscal Pétain firmó el armisticio, embarcándose en Burdeos en el *Cuba* y después de varias vicisitudes llegó a México. Un año después de su llegada a tierras aztecas, la familia Mantecón se volvió a reunir en marzo de 1941, después de cinco años de forzada separación.

El exilio supuso para Mantecón un cambio radical en su vida que, sin embargo y paradójicamente, le permitió desarrollar su verdadera vocación. Así, dejó para siempre la abogacía y la política activa, y orientó sus esfuerzos a la investigación y la docencia, actividades en las que destacó, convirtiéndose en uno de los pilares de la biblioteconomía en México y Latinoamérica.

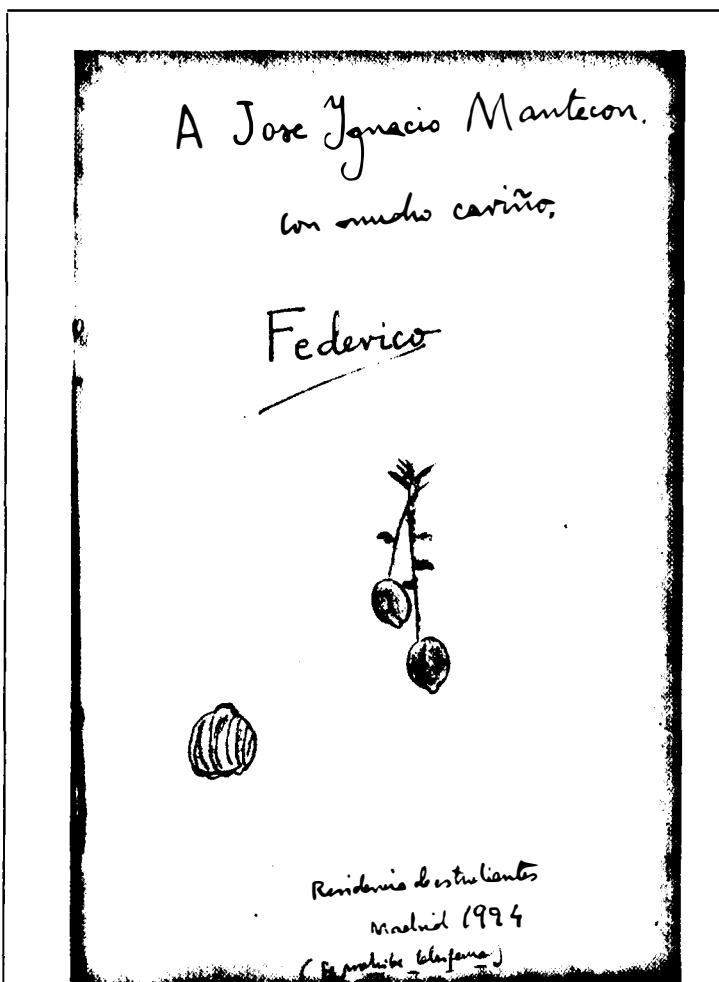
Los primeros años en México son los de la esperanza del inminente regreso a España, pero poco a poco los *transterrados* se fueron dando cuenta de que el exilio sería más largo de lo previsto, convirtiéndose finalmente en una circunstancia permanente e irremediable. Al tiempo que la ilusión de volver a una España democrática se fue desvaneciendo en el tiempo, la vida en México, el país que recibió a Mantecón incondicional y generosamente, adquirió ritmo, senti-

do y trascendencia. Los primeros años fueron muy difíciles por la estrechez de medios económicos, a la que logró sobreponerse desempeñando los más variados trabajos. Colaboró, entre otras actividades, con el doctor José Puche (3) en el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (CTARE), y participó en la fundación del Instituto Luis Vives, en el cual se desempeñó por un tiempo como Director Administrativo.

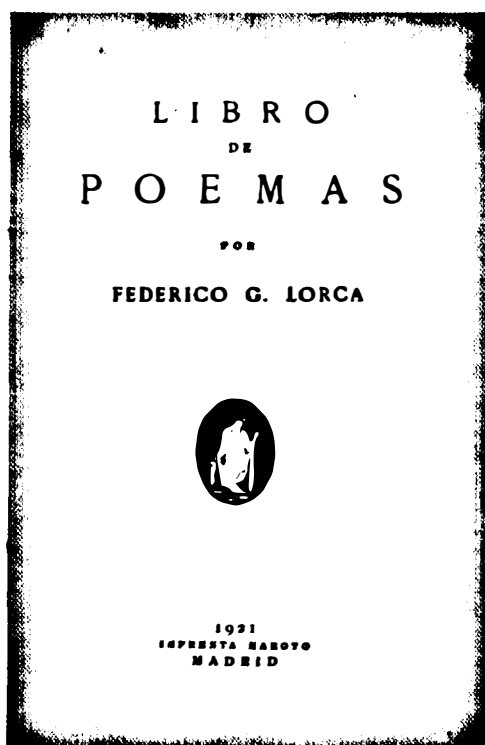
Casi recién llegado a México, gracias a don Francisco Gamoneda (4), un antiguo emigrado español dedicado a fundar y organizar bibliotecas, Mantecón entró en contacto con los bibliotecarios mexicanos. En estos años se inició también la fructífera colaboración con otro exiliado político, el bibliógrafo Agustín Millares Carlo (5), con quien publicó muchos trabajos, entre ellos, el importante *Álbum de paleografía noamericana de los siglos XVI y XVII* (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955).

Entre 1943 y 1946 fue investigador en El Colegio de México y trabajó en la catalogación de libros de los siglos XVI y XVII del rico acervo de la Biblioteca Nacional de México. En 1944 fue presidente de la sección de Archivos del "III Congreso de Bibliotecarios de México" y promotor, junto con otros colegas, de la creación de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas de la Secretaría de Educación Pública, de la cual fue su principal catedrático durante casi veinte años, impartiendo cursos de Bibliología y Paleografía, siendo declarado Profesor Emérito de la misma en 1964.

En el año 1955 se incorporó como investigador a la Universidad Nacional Autónoma de México, primero en el Instituto de Investigaciones Estéticas y a partir de 1958 en la Biblioteca Nacional y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Sin ningún problema, la universidad mexicana le reconoció sus títulos españoles y le permitió dedicarse sin trabas a la investigación y a la cátedra. Desde el año 1963 fue profesor titular en el Colegio de Bibliotecología y Archivología de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde impartió las cátedras de Bibliología, Historia de las Bibliotecas, Bibliotecología Comparada, Catalogación Descriptiva de Archivos y Bibliografía Mexicana. También a partir de 1955 y



© Archivo Mantecón



Dedicatoria de Federico García Lorca a Mantecón en un ejemplar de su obra *Libro de poemas* (1921): "A José Ignacio Mantecón, con mucho cariño. Federico. Residencia de Estudiantes, Madrid 1924 (Se prohíbe blasfemar)".

durante más de veinticinco años se desempeñó como jefe de ediciones de Editorial Patria, S.A., dirigiendo la publicación de diversas obras de carácter literario, histórico y de divulgación, así como libros de texto.

José Ignacio Mantecón vivía con especial pasión el mundo de los libros y las bibliotecas. Muchas veces llegué a pensar que a él le hubiera gustado haber nacido en otra época y ser el monje guardián de una importante biblioteca, repleta de manuscritos iluminados, incunables y obras prohibidas recluidas en el "purgatorio" —esos hermosos libreros enrejados—, siempre y cuando para ser monje no se requiriese creer en Dios y asistir a misa. Pero, eso sí, su espíritu festivo, alegre y bromista le llevó a disfrazarse en varias ocasiones en casa de Luis Buñuel, con un hábito de monje franciscano, que seguramente se había mandado hacer, al igual que todos sus trajes, con su buen amigo Julián Borderas, que estuvo involucrado en la sublevación de Jaca y combatió al lado de la República.

Los domingos se iba a la caza de libros antiguos al mercado de La Lagunilla, en el centro de la ciudad de México. A veces en compañía de Pablo Neruda, de Wenceslao Roces o de Rafael Sánchez Ventura. De esas cacerías bibliográficas enriqueció su biblioteca con ejemplares como *Obras*, de Lorenzo Gracián (Amberes: Juan Bautista Verdussen, 1702); *De los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León (Valencia: Imprenta de Benito Monfort, 1770); *Anales de Aragón*, de Francisco Diego de Sayas (1666), y un Virgilio intonso, *Geórgicas y su décima égloga* (Madrid: Imprenta de Francisco Xavier García, 1768). En otra ocasión, como recuerdo de su único viaje al extranjero en 1960 para asistir a un congreso del Partido Comunista de España, trajo de Praga un ejemplar de la *Historia de las guerras civiles de los romanos* de Apiano Alejandrino (Barcelona: Sebastián de Cormellas, 1592).

Entre sus tesoros, además de las primeras ediciones de las obras de Rafael Alberti, especial cariño le tenía a la primera edición del *Libro de poemas* de Federico García Lorca, que en el año 1924 le dedicó el autor en la Residencia de Estudiantes. En esa dedicatoria, García Lorca le dibujó una pequeña concha, simpático gesto hacia la que entonces era la novia de mi abuelo y que

luego sería su esposa, Concha de la Torre, volumen que ésta logró rescatar y llevárselo a México.

Esta pasión por los libros se manifestó aún en las situaciones más dramáticas que vivió durante la guerra civil española, como cuando el Comisariado del Ejército del Este a su cargo imprimió, al cuidado de Manolo Altolaguirre, que colaboraba con él, en la imprenta del viejo monasterio de Monserrat de Barcelona y con un papel hecho a mano por los soldados en un viejo molino que encontraron en la aldea de Orpi, el libro de poemas de Pablo Neruda *España en el corazón: himno a las glorias del pueblo en la guerra* (s.l.: Ejército del Este, Ediciones literarias del Comisariado, 1938) (6).

Hombre sabio, de gran erudición, con enorme sentido del humor y de fina ironía, heterodoxo, de recio carácter, determinado y, sobre todo, fiel a sus ideales y a sus compromisos, así era mi abuelo. Su amigo Max Aub lo tomó como modelo para uno de los personajes de su novela *Campo de Sangre*. Así leemos que Pedro Guillén, gobernador republicano de Teruel:

“...tiene la voz recia bañada en cierto tono irónico [...]. (Cuando dice: “eso, sí”, es “eso, sí”, y cuando dice que no, es que no. Y no hay que darle vueltas. [...]). Pedro Guillén no tiene el cuerpo que merece. Carce de los resabios de los menudos: sóbrante facultades. Dicen de él que corta y recorta: esto último con su poquita de mala intención, porque quiso ser torero en sus juventudes. De ahí, y por otras razones fáciles de comprender, le viene el apodo de “Mano izquierda”. Aragonés, latinista, abogado (¿cómo no?) y andaluz por gusto. El gobierno de la República lo emplea en lo peor de lo más difícil; tiénelo todo por bueno.” (7)

Su existencia como *transterrado* en México fue plena y feliz, dedicado a su vocación intelectual y a compartir con los amigos muchos momentos agradables, pero siempre estuvo teñida de la nostalgia de lo perdido. La España que tanto amó y que no volvió a pisar, pues murió sin regresar a ella el 20 de junio de 1982, en la ciudad de México. ☐

---

Marco Aurelio Torres H Mantecón

## Notas

- (1) En el llamado desastre de Annual, las tropas españolas fueron derrotadas en Marruecos en el verano de 1921 por el caudillo rifeño Abd-el-Krim. El general Fernández Silvestre y gran número de soldados perdieron la vida.
- (2) Juan Vicéns de la Llave (Zaragoza, 1895-Pekín, 1959). Bibliotecario que desde 1932 desarrolló una intensa labor en la promoción de las bibliotecas populares. Exiliado en México publicó diversos artículos sobre bibliotecología y el manual *Cómo organizar bibliotecas* (México, Atlante, 1946) y fue editor de la revista *Aragón* y director de *Nuestro Tiempo*. Para un prolijo y muy cuidado estudio de la vida y la obra de Vicéns consúltense los trabajos de Ramón Salaberria: “La larga marcha de Juan Vicéns (Zaragoza, 1895-Pekín. *blo a la conquista de la cultura. Las bibliotecas populares en la Segunda República*. Madrid: VOSA: Asociación Educación y Bibliotecas, 2002, pp. 7-30; así como “Las bibliotecas populares en la correspondencia de Juan Vicéns a Lulu Jourdain y Ildefonso Viñes (1933-1936)” en *Anales de documentación*, núm. 5. Murcia, 2002, pp. 309-332; y el dossier “Aragonenses en el exilio: Vicéns de la Llave, Mantecón, Sánchez Ventura” en *Trébede*, núm. 43. Zaragoza, octubre de 2000, pp. 15-65.
- (3) José Puche Álvarez (Lorca, 1895-Cd. de México, 1979). Médico fisiólogo, fue catedrático de las Universidades de Salamanca y Valencia y rector de ésta última. Cercano colaborador de Juan Negrín, fue gobernador de la provincia de Palencia, consejero de Instrucción Pública y director general de Sanidad de Guerra. Exiliado en México desde 1939, fue profesor de fisiología en el Instituto Politécnico Nacional y en la Universidad Nacional Autónoma de México y director del Ateneo Español de México.
- (4) Francisco Gamoneda (Cangas de Tineo, 1873-Cd. de México, 1953). Llegó a México en 1909, donde realizó notables esfuerzos en la organización de archivos y bibliotecas. Fue jefe del Archivo Municipal de la ciudad de México, dirigió la biblioteca de la Secretaría de Hacienda y ayudó a crear la biblioteca del Congreso de la Unión. En 1946 un grupo de intelectuales mexicanos y españoles le dedicaron un libro de homenaje, en el cual J. I. Mantecón colaboró con una “Bibliografía de don Francisco Gamoneda” (*Homenaje a don Francisco Gamoneda. Miscelánea de estudios de erudición, historia, literatura y arte*. México: Imprenta Universitaria, 1946. pp. 7-31.).
- (5) Agustín Millares Carlo (Las Palmas, 1893 - 1980). Historiador, paleógrafo filólogo, bibliógrafo y traductor, fue catedrático de Paleografía, Diplomática y Latin Medieval en la Universidad Central de Madrid y director del Archivo-biblioteca del Ayuntamiento de Madrid. Viajó a México como cónsul adjunto de la Embajada de la República Española. Profesor de Paleografía Española y de Lengua y Literatura Latina y director del Seminario de Lengua Clásicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1959 se trasladó a Venezuela donde fue director de la Biblioteca General de la Universidad de Zulia. En la publicación que se hizo en el año 1975 para rendirle homenaje, J. I. Mantecón publicó el artículo “Notas para una bibliografía de reglas y listas de encabezamientos de materia en español” (*Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, t. I. [Las Palmas]: Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, 1975, pp. 243-260.)
- (6) Un ejemplar de esta rara obra, “maravilla tipográfica” la llamó J. I. Mantecón y de la que Pablo Neruda dijera que “era el orgullo de esos hombres [los comisarios y soldados del Ejército del Este] que habían trabajado mi poesía en un desafío a la muerte”, se encuentra en la Biblioteca del Congreso de los EE.UU., Washington, D.C., clasificado bajo el número PQ8097.N4 E79.
- (7) Max Aub. *Campo de sangre*. México: Tezontle, 1945, pp. 257-258. En la dedicatoria del ejemplar que le regaló a J. I. Mantecón, Max Aub escribió: “A José Ignacio, modelo insuperable, este espejillo. Max.”